

aun bastante á tiempo para entrar con las demás antes que la puerta de los cielos se volviese á cerrar.

Los huesos de las santas doncellas fueron recogidos con cuidado y llevados á una iglesia. Falta-  
ban los mas preciosos, porque por mas pesquisas que se hicieron, no se pudo encontrar el cuerpo de santa Ursula. Pero un dia que san Cuneberto decia misa, una paloma bajó y revoloteó alrededor de su cabeza; el santo juzgó que el mensajero del Señor no se acercaba á él de aquel modo sin una mision particular; le siguió al campo. En cuanto llegó al pié de un álamo blanco, se puso á excavar la tierra con sus rosadas patitas. Se excavó en aquel sitio, y encontraron el cuerpo de santa Ursula.

Además del cuadro que representa la llegada de las once mil vírgenes á Colonia, posee la iglesia uno cuyo asunto es el martirio particular de Coman y su desposada Ursula. San Pantulo no ha quedado en olvido, y tiene su altar casi frente á la cámara de oro.

EL RHIN.

Para nosotros los Franceses es difícil comprender la profunda veneración con que miran los Alemanes el Rhin. Es para ellos una especie de divinidad protectora, que además de sus carpas y salmones, contiene en sus aguas una gran cantidad de náyades, ondinas, genios buenos ó malos, que la imaginación poética de aquellos habitantes ve de dia á través del velo de sus azuladas aguas, y por la noche ya sentados, ya errantes por sus orillas. Para ellos el Rhin es el emblema universal; el Rhin es la fuerza, el Rhin es la independencia, el Rhin es la libertad. El Rhin tiene pasiones como un hombre, ó mas bien como un dios. El Rhin ama y odia, acaricia y pega, protege y maldice. Para los unos, tienen sus aguas un suave lecho de algas y rosas, donde el anciano padre de los rios, coronado de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO NEYES"  
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

rosales, y con su vasija vertida como un dios pagano, le espera para festejarle. Para otros, es un abismo sin fondo, poblado de monstruos de aspecto repugnante, y semejante á la sima que se tragó al pescador de Schiller. Para este, sus aguas son un terso espejo, sobre el que puede marchar como Cristo, siempre que tenga mas fe que san Pedro: para aquel, su curso es tumultuoso é irritado como el del mar Rojo devorando á Faraon. Segun bajo el punto de vista que se le considere, es un objeto de temor ó de esperanza; símbolo de odio ó de amor, principio de vida ó de muerte. Para todos, este es un manantial de poesía.

Especialmente entre Colonia y Maguncia es donde se han reunido sus mas numerosas tradiciones, porque en el espacio comprendido entre esas dos ciudades, es donde efectivamente se encuentran los contrastes mas opuestos del Rhin, sus puntos de vista mas agradables y mas terribles; allí tan pronto vencedor de sus colinas, que parece se mantienen respetuosas lejos de él, se extiende indolente y perezoso como un lago; tan pronto vencido, encerrado y como encadenado por sus montañas, gracias á los petos de granito contra los que se estrellan impotentes sus olas, se tuerce, se extiende, se repliega, como una serpiente que lucha, y en su impotencia reconocida, obligado á huir, amenaza huyendo. Compréndese que segun habitan tal ó

cual sitio de sus orillas, los pescadores, cuyas barcas mece ó destroza, le miran como un dios tutelar ó como un mal genio, y le dan gracias como á un padre ó le imploran como á un enemigo.

Verdad es que desde la invencion de los buques de vapor, el Rhin ha perdido mucho de su prestigio. Esas especies de monstruos domesticados, que como los antiguos dragones avanzan arrojando fuego y humo, para los que no hay ya ni torbellinos, ni abismos, ni tempestades; que remontan el curso de un rio con mas rapidez que un buque ordinario descendiendo por él, han arrojado poco á poco ante su ardiente soplo, y bajo los golpes de sus nadaderas de hierro, carpas, salmones, náyades, ondinas y genios; de modo que sí se quiere hoy comer una fritada ú oír una balada, es preciso ir á pescar al Mein ó al Necker, y buscar el canto en una generacion que jamás ha oído hablar de Fulton. Esto es un poco mas cansado, es verdad; pero con la escasez, se ha hecho por lo mismo de mas precio. Por lo que hace á mí, puedo decir que mientras subí por el Rhin, me fué imposible encontrar mas que huevos frescos y chuletas. Verdad es que he sido un poco mas feliz con respecto á las baladas y tradiciones.

Por lo demás, exceptuando el pescado, que como he dicho ha llegado á ser en todo el curso del Rhin un mito, un jeroglífico, una quimera, se han

tomado perfectamente todas las medidas por las administraciones que están en competencia, para mayor satisfacción de la curiosidad de los viajeros. Una vez pagado el asiento de Colonia á Maguncia, y aun de Rotterdam á Strasburgo, ó de Strasburgo á Rotterdam, podeis emplear seis dias ó seis meses en hacer vuestro viaje. Desembarcar ó embarcarse en cada embarcadero; partís: buen viaje; volveis: sois recibido. Vuestro billete es un billete al portador, al que rinde homenaje todo buque que pertenece á la administracion, y que á cualquier hora que se presentase es pagado á la vista.

Apenas estuve en el Rhin, comprendí el acierto de esta medida. En efecto, aunque al ir contra la corriente marcha el buque con menos velocidad, las dos orillas del rio son una especie de panorama en el que apenas tiene la vista tiempo de detenerse, y caprichoso y lleno de repliegues, os oculta el Rhin al punto, tras algunos de sus recodos, la ciudad, la aldea ó castillo, el buque continúa marchando, y otras ciudades, otras aldeas y otros castillos pasan, de modo que frecuentemente os perdeis en medio de aquellas montañas, aquellos valles, aquellas ruinas, procurando con vuestro *Guia* en la mano, coger algun nombre, sintiendo todo lo que habeis dejado pasar así, que hubiérais querido ver en detalle, y que luego ya á vuestra espalda es un conjunto confuso é indistinto. Así, subiendo las diez

leguas que separan á Colonia de Bonn, todavía torpe en este ejercicio, apenas tuve tiempo de apuntar en mi album, *Briilh* con su antiguo castillo romano cuyas ruinas han desaparecido bajo las casas de campo que pertenecen á los mas ricos propietarios de Colonia, y bajo el palacio de Augmentbourg, comenzado en 1725 por el elector llamado Augusto, y acabado por el elector Maximiliano Federico; *Rodinkirchen* con un antiguo castillo centinela avanzada de todas aquellas ruinas que aparecen sucesivamente como fantasmas del tiempo que pasó; *Langel*, tocando en otro tiempo con el Rhin y que se ha alejado al presente cerca de un cuarto de legua desde que la isla de *Langelerwertles* se ha unido á la orilla; *Berghen* y *Monfort* con sus poblaciones de pescadores y de cesteros; la *Sieg*, arroyo torrente que cambia á cada instante de lecho, y donde, segun aseguran, se han refugiado esos salmones expulsados del Rhin, donde los antiguos proscritos se han aprovechado tan bien de la hospitalidad concedida, que algunos tienen el peso de cincuenta y sesenta libras; *Benel* por donde atravesaba la calzada romana que iba de Colonia á Tréveris; *Roisdorfs* con su manantial de agua mineral que se prefiere á la de Godesberg, porque siendo menos volátil el gas carbónico que contiene se hace mas transportable; en fin *Bonn*, la ciudad universitaria rodeada de jardines que se extiende hasta las

orillas del río y dominada por el alto campanario de su catedral adornado con sus cuatro campanas.

Segun el itinerario que nos habíamos convenido de antemano, desembarcamos en Bonn con intención de detenernos allí para dormir y continuar al día siguiente nuestro camino por tierra hasta Drakenfelds.

En Bonn fué donde vimos el primer modelo del estudiante alemán con su colosal pipa, su redingot abrochado, su cuello bajo y su imperceptible solideo, el cual por mas viento que haga y por la habilidad con que el *studiosus* mueve su cabeza, permanece fijo como si estuviera clavado en la extremidad superior de la cabeza. No esperaba yo sin cierta curiosidad aquella aparicion; en otro tiempo las universidades fueron un poder en Alemania. Hé aquí lo que habia formado este poder :

Todos han oido hablar de las diferentes sectas de *iluminados* y *fracmasones* que florecieron en Francia á fines del siglo XVIII. Estas sectas, que revelaban mas ó menos la filosofía alemana, tenían afiliacion mas allá del Rhin, y una de sus principales ideas era, bajo el nombre de fracmasonería, hacer renacer en provecho de los pueblos la antigua *San'a Wehme* establecida en provecho del Imperio. Este pretendido secreto, que no se revelaba mas que á los iniciados, era, pues, libertad universal, manumision general.

Llegó 1789. La revolucion, que se anunció al mundo entero con la toma de la Bastilla, fué recibida con entusiasmo por las sociedades secretas, y casi concurrieron ellas envueltas en la sombra con mas eficacia que se cree, á los primeros triunfos de nuestros ejércitos.

Llegó en seguida Bonaparte : no solo se decia habia tenido conocimiento de aquellas sociedades, sino que aun habia formado parte de ellas ; tanto, que cuando cambió su casaca de general por el manto de emperador, todas aquellas sectas, que cualquiera que fuese su religion y su nacionalidad soñaban en la libertad universal, le miraron como un traidor, y en Francia y en el extranjero se sublevaron contra él. Entonces, como por el momento acudian en auxilio de los principes sus enemigos, no solo fueron tolerados sino aun estimulados por ellos ; y el príncipe Luis de Prusia aceptó el título de gran maestro de una de estas asociaciones. La tentativa de asesinato de Staps fué uno de los truenos de aquella tormenta.

Mas á los dos dias de aquella tentativa de asesinato, vino la paz de Viena. El Imperio, ese anciano gigante germánico, fué abatido al nivel de las potencias de segundo orden ; la policia francesa se extendió desde las aguas de Bretaña al Ponto Euxino, y aquellas sociedades que hacia quince años se organizaban públicamente, vigiladas por el águila

que en aquella época se cernía sobre toda la Europa, se vieron obligadas á volverse á refugiar en las tinieblas.

Los desastres del ejército francés en Rusia reanimaron el valor de las sociedades, porque era evidente que la coalicion se extendía hasta el cielo, y que el mismo Dios comenzaba á declararse contra la Francia. Los emisarios de estas asociaciones, que por espacio de ocho años se habian mantenido ocultos, reaparecieron, pues, tímidos al principio y hablando en voz baja, pero hablando de libertad; por eso fueron acogidos con entusiasmo, especialmente por los estudiantes. Muchas universidades, casi en total, se afiliaron eligiendo sus jefes entre sus discípulos y profesores. El poeta Kœner, muerto el 18 de octubre en Leipsick, fué el Tyrteo de esta campaña. El 18 de junio de 1815, Waterloo vino á ser un cuadro sombrío compañero de Leipsick, que envió por segunda vez los ejércitos prusianos, compuestos casi en su totalidad de voluntarios, á la capital de Francia. El triunfo extranjero se habia verificado: pero entonces comenzó la lucha interior.

En efecto, cuando los tratados de 1815 y la nueva constitucion germánica fueron conocidos, se verificó una terrible reaccion en Alemania. Todos aquellos jóvenes que excitados por sus príncipes se habian levantado en nombre de la libertad, co-

nocieron que habian derramado su sangre en provecho de la *Santa Alianza*, y que todo lo que habian ganado derribando al gigante era ser gobernados por enanos; no se tuvieron, sin embargo, por derrotados, y confiados, como generalmente lo es el hombre en esa primera época de la vida, quisieron reclamar las promesas hechas; mas á las primeras palabras que pronunciaron, las políticas combinadas de los señores Talleyrand y Metternich pesó sobre ellos y los obligó á ocultar su resentimiento y esperanzas al abrigo de las universidades, especie de oasis republicanos, que, gozando de una constitucion especial, se libraban por el hecho mismo de su organizacion, de los esbirros de la Santa Alianza. Mas por comprometidas que se vieran aquellas sociedades, no dejaban por eso de existir manteniendo correspondencia entre sí por medio de estudiantes viajeros, que, bajo el pretexto de herborizar, recorrian la Alemania encargados de misiones verbales que, semejant s á los antiguos profetas, esparcian al pasar desde la cima de las montañas. Sand fué el producto de esta segunda liga, como Staps lo habia sido de la primera. Solo que, como Mucio Scévola, se equivocó y mató á un esclavo por un rey.

Por el asesinato, bien ejecutado, pero mal comprendido, de Kotzebue, las universidades quedaban entregadas á sí mismas; así, desde aquel momento

comienza entre ellas y los gobiernos la lucha en que sucumbieron. Todo poder oculto es perdido en el instante mismo en que es descubierto; porque no estaba oculto sino por ser débil.

Pero el estudiante alemán, perdiendo su poder político, ha conservado su carácter negligente y abandonado, de modo que no es menos digno de ser estudiado. Sin un cuarto en su bolsillo, pero confiado como el ave que vuela á quien Dios ha prometido alimento, parte para hacer su peregrinacion por Alemania, con su pipa en la mano, su saquillo de tabaco al costado y su Kœrner en el bolsillo. El camino le hará á pié por largo que sea: el sol y la sombra son de todo el mundo. En cuanto á lo demás, Philistin proveerá á ello. Pasa un carruaje, contenga naturales ó extranjeros, el estudiante se quita su pipa de la boca, despega de su cabeza su embrion de solideo, se aproxima al viajero, y alegremente le invita á que le ayude á seguir su camino. Es raro que un alemán niegue su proposicion al estudiante que pasa. Por otro punto, por otro camino de la Germania, su hijo camina tambien, y acaso en aquel mismo momento apela á la bolsa del padre á cuyo hijo presta su auxilio. Por su parte el posadero tiene muy buen humor y desinterés para con el *studiosus* que viaja, cualquiera que sea su grado en la jerarquía universitaria, sea pinzon, zorra ó antigua casa; este

es su golondrina que vuelve todas las primaveras; le da abrigo bajo su techo. Y en cuanto al alimento, siempre se entenderá con un compatriota; además, los Franceses ó los Ingleses son los que pagarán esto. Así, sin preguntarle si tiene ó no dinero, el estudiante tiene siempre que llega, su vaso de vino del Rhin ó su botella de cerveza, si le agrada mejor; y aun generalmente le preguntan de qué país la prefiere: se le da una comida sacada de todas las comidas, y si la casa está demasiado llena, un lecho de paja fresca, que vale algunas veces mas que el mejor lecho de lana ó viruta de todas las posadas. Levántase alegre con el día el estudiante, bebe otro vaso de vino del Rhin, enciende su obligada pipa, y se pone en camino. Despues de haber visto los campos de batalla de Jeûa, Ulm y Leipsiek, vuelve á entrar en su universidad con el grado de casa mohosa, bebe aun millares de copas de cerveza, se fuma algunos millares tambien de pipas, da y recibe una veintena de *schlæger*, y vuelve al seno de su familia, donde continúa bebiendo y fumando, pero ya no se bate.

Llegamos á la fonda de la Estrella, situada en la plaza del Mercado, y al cargo de Simrock, el hermano del poeta, precisamente en el momento en que iban á ponerse á la mesa para la comida de la una, que se llama la pequeña comida. Porque

en Alemania, aunque se está comiendo desde por la mañana hasta la noche, se ha creído, sin embargo, que debían designar con ciertos nombres las estaciones que se hacen tras cortas paradas. Así, por la mañana á las siete, al abrir los ojos, se toma café, á las once se hace un segundo almuerzo, á la una la pequeña comida de la una, á las tres se come, á las cinco una friolera de merienda, en fin, á las nueve de la noche, al salir del teatro, se cena, y despues á acostarse. En eso no se comprende el té, las tortas y los sandwichs que se toman en los intermedios.

Aunque en el estado ordinario tengo por lo general un apetito muy bueno, y viajando aumentan mis facultades bajo ese aspecto un veinte y cinco ó treinta por ciento, desde mi llegada á Aix-la-Chapelle, era muy desgraciado en este particular. Desde luego, como todo francés, nacido en la vieja Francia, la sustancia nutritiva que ingiero en cada una de mis comidas se compone de una mitad de pan, una cuarta parte de carne, y otra cuarta de entremeses y postres. Mas desde Aix-la-Chapelle, en lugar de pan me habian servido bizcocho. El bizcocho es una cosa excelente en sí misma; pero como en mi opinion, para conservar todo su valor debe ser servida á su tiempo, la primera vez que el fondista cometió lo que á mí me parecia un anacronismo, habia yo dejado aparte mi bizcocho para

comerlo con toda propiedad con la crema de café, y le pedí verdadero pan. Entonces el mozo se sonrió con una inteligencia de excelente augurio, y me respondió en luen francés:

— Ya sé lo que pide este caballero.

Y me llevó torta anisada. Dí un bocado á mi torta; como torta nada tenia que decir contra ella, pero como pan, puesto que dejaba mucho que desear, la dejé en otro plato, á fin de tomarla despues á modo de pudding; llamé al mozo, que llegó con la fisonomía de excelente humor que tienen siempre los mozos alemanes, y no fiándome ya en mi idioma materno, aventuré en el mejor sajón la palabra *brod*.

— ¡ Ah! comprendo, me respondió el mozo satisfecho de haber al fin interpretado mi pensamiento, el caballero me pide poumpernick. Y sin esperar mi respuesta, se lanzó fuera de la habitacion.

No hice ningun esfuerzo para detenerle, primero porque las dos obras de tahona que tenia á mi vista no me parecían de ningun modo destinadas á reemplazar al pan, y además porque no me disgustaria ver de frente al animal que se designaba bajo el formidable nombre de poumpernick. A los cinco minutos volvió el mozo con uno de esos bonitos panes redondos, que en nuestras aldeas se llaman molletes.

— ¡ Ah ! dije yo muy contento.

— ¡ Ah ! dijo el mozo aun mas contento que yo.

— ¿ Es esto á lo que se llama aquí poumpernick ? dije cogiendo el mollete de sus manos.

— Verdadero poumpernick: no hay mas que un solo repostero que lo haga aquí bueno.

— ¡ Cómo ! ¿ son los reposteros los que hacen aquí el pan ?

— Si no es pan lo que os doy.

— ¿ Pues qué es esto ?

— Es poumpernick.

— El nombre no hace á la cosa.

— Teneis mucha razon, caballero; el nombre no hace á la cosa; por otra parte, el poumpernick es muy bueno.

— Vamos á verlo.

Dichas estas palabras, intenté dividir en dos pedazos la especie de mollete que tenia en la mano, pero experimenté una resistencia que no me esperaba.

— ¡ Ah ! me dijo el mozo, el poumpernick no se corta; se rompe, ó se necesitan cuchillos hechos expresamente, y que cortan como navajas de afeitar.

— ¡ Cómo ! ¿ cuchillos que cortan como navajas de afeitar para partir pan ?

— Ya he tenido el honor de deciros, caballero, que el poumpernick no era pan.

— Pues entonces, ¿ qué es esto ? pregunté impacientado, hundiendo involuntariamente mi dedo pulgar á través de la corteza.

— Señor, son peras prensadas y secadas al horno; pasas de Corinto, higos; en fin, de toda clase de cosas buenas.

Partí mi poumpernick, y ví efectivamente salir como frutas secas. La corteza estaba hueca, y no contenia mas miga que la necesaria para trabar con una masa esponjosa todas aquellas frutas entre sí.

Me ví obligado á volver á mi torta; de modo que desde Aix-la-Chapelle, me sucedia como á los súbditos de no sé qué reina, y á falta de pan, comia bizcocho.

En cambio, si desde Aix-la-Chapelle no habia pan, tampoco habia gendarmes y el pasaporte era un objeto de lujo. Al llegar á la fonda, nos presentaba el mozo un registro; sentábamos en él nuestros nombres, y todo habia concluido.

A partir desde Colonia, la corrupcion culinaria no se extendia solo al pan; se habia propagado á la carne. Mientras me servian mi bizcocho y mi vaca por separado, hacia como las gentes que beben su agua en un vaso y su vino en otro; de modo que no mezclando las cosas todo iba bien. Una nueva prueba me esperaba en Bonn. La pequeña comida se componia de un guisado de albondiguillas, un

trozo de vaca con ciruelas pasas, una liebre con dulces, y un jamon de jabalí con guindas; como se ve, era imposible trabajar con mas éxito para echar á perder, unas por otras, cosas que separadas son muy agradables.

No hice mas que probar aquellos diferentes objetos. Cuando llegó su turno á la liebre, el mozo no pudo ya contenerse.

— ¿Es que á este caballero, preguntó, no le gusta la liebre con dulces?

— Encuentro esto detestable.

— Es admirable en un gran poeta como vos, caballero.

— ¡Y bien! hé ahí lo que os engaña, querido amigo; hago versos para mi consumo particular, es verdad; pero esto no es una razon para llamarme un gran poeta, y llenarme el estómago con vuestros guisos: además, aun suponiendo que yo fuera un gran poeta, en último resultado, ¿qué tiene que ver la poesia con la liebre con dulces?

— Nuestro gran Schiller miraba con adoracion la liebre con dulces.

— ¡Y bien! yo no soy del mismo gusto que Schiller; servidme del *Guillermo Tell* ó del *Wallenstein*, pero llevaos vuestra liebre.

El mozo se llevó la liebre, en seguida probé el jabalí con guindas. Mas apenas volvió el mozo, le

alargué de nuevo mi plato intacto; su admiracion redobló.

— ¡Cómo! me dijo, ¿no le gusta al caballero tampoco el cerdo con guindas?

— No.

— Pues al señor Goëthe le gustaba muchísimo el cerdo con guindas.

— No lo sabia, pero tengo la desgracia de carecer de los mismos gustos que el autor de *Fausto*. Hacedme una tortilla.

Esperé con paciencia; á los pocos minutos volvió el mozo con la tortilla que habia pedido: aun para un inteligente, tenia un aspecto notoriamente apetitoso, pero á pesar de tener mucha hambre, arrojé el primer bocado en mi plato.

— ¿Pero qué diablo habeis puesto en esta tortilla? Una tortilla, querido, se hace con manteca, huevos, sal y pimienta.

— Pues bien, caballero, está hecha con manteca, huevos, sal y pimienta.

— ¿Y qué mas?

— Un poco de harina.

— ¿Y qué mas?

— Un poco de queso.

— Seguid.

— Azafran.

— Bueno.

— Nuez moscada, clavos de especia y un poco de tomillo

— Bueno, bueno, bueno ; llevaos la tortilla con lo demás, y buscadme un cicerone nacional.

El mozo salió á la puerta, encontró al dueño de la fonda, y le dijo algunas palabras. El señor Simrock se adelantó hácia mí.

— Caballero, ¿no estais contento con la comida ? me dijo con un modo y aire sumamente atentos.

— Es que, responodí bastante cortado con las buenas maneras de mi huésped, no me gustan las cosas que se me han servido : no es mas que eso.

— Si hubiéseis tenido la bondad de decir antes que deseábais comer á la francesa, no hubiera tenido ese disgusto.

— ¡Cómo! le dije, ¿me será posible tener sopa sin albondiguillas, vaca sin ciruelas, liebre sin dulces y jabalí sin guindas ?

— No teneis mas que pedirlo, caballero.

— ¿Y..... pan ?

— Tambien, pan ; lo hago cocer para los que quieren comerlo.

— ¡ Ah ! mi querido señor Simrock, me salvais la vida ; ¿y cuándo podré tener eso ?

— En la segunda comida.

— ¿Y cuándo es la segunda comida ?

— A las dos. Entretanto, y para hacerle pasar

el gusto de nuestros infames manjares alemanes, el caballero tomará un vaso de vino del Rhin que tendré el honor de ofrecerle ; es del Joannisberg.

En aquel momento entró el mozo llevando en una bandeja dos vasos con una botella de cuello largo. El señor Simrock quitó uno de los dos vasos de la bandeja, llenó el otro, y me lo presentó.

— ¿Y vos ? le pregunté.

— Seria, me dijo el señor Simrock inclinándose, un gran honor para mí.

— ¿Y sabeis, señor Simrock , le dije brindando con él, que teneis modales de gran señor que deben causar embarazo á vuestros huéspedes ?

— Caballero, rara vez me encuentro en otra parte que en mi habitacion, entre mis libros de cuentas, y mis libros de poesía. Tengo una bonita biblioteca, una fonda bien acreditada ; soy feliz, sobre todo cuando...

— ¡ Oh ! nada de cumplimientos, señor Simrock, os lo suplico ; permitidme tan solo que el mozo vaya á buscarme un cicerone.

— Es inútil, se enganchan los caballos al carruaje.

— ¡ Cómo ! ¿los caballos al carruaje ?

— Sí, y si lo permitis, tendré el honor de conducirle yo mismo. No tenemos mucho que ver, mas de eso poco me lisonjearé y seré feliz haciéndoos yo los honores.

No habia medio de negarse á ofrecimientos hechos de aquel modo. Vinieron á avisar que los caballos estaban enganchados, y subimos al carruaje.

El señor Simrock tenia razon: Bonn contiene pocas cosas notables. Así, luego que se ha visitado su catedral, edificada segun el estilo bizantino, en el terreno de una iglesia fundada por la emperatriz Elena á principios del siglo iv; su casino, donde estaban á la sazón expuestos los diseños del monumento de Beethoven; el jardin de la Audiencia, con su magnífica azotea que da al Rhin, se ha visto casi todo. Esto venia perfectamente á mi apetito, y como volvimos á las tres en punto, no tuve mas que sentarme á la mesa.

La comida era excelente; esta era la primera vez que hacia una verdadera comida desde Lieja.

Despues de comer, el señor Simrock me propuso ir con él á dos nuevas correrías; una al otro lado del rio, al antiguo convento de Schwartz Rheindorf; la otra, á la parte de la ciudad, al Krenzberg. Como se presumirá, acepté sin vacilar.

Tomamos una lancha, y atravesamos el Rhin.

Schwartz Rheindorf es una antigua iglesia colegiata muy notable, con dos bóvedas sobrepuestas. La superior forma la iglesia misma; la inferior está dedicada al panteon del elector Arnolfo II, fundador de la iglesia y del convento de religiosas unido

á ella, y que posteriormente fué edificio capitular de agustinas. Entre los sepulcros está el de santa Adelaida de Quelder.

Esta Adelaida de Quelder era, segun ereo, hermana del emperador Othon III. Espero se me dispensará si me equivoco en algun número; porque escribo por tradiciones verbales y no con arreglo á documentos impresos. Como piadosa superiora que era, ejercitaba á sus religiosas en el canto, todas cantaban á cual mejor excepto una sola, la mas linda de todas, cuya voz desafinaba de tal modo, que hacia perderse á toda la comunidad. Esta falta de organizacion desesperaba de tal modo á la buena superiora, que en un momento en que la pobre monja la desgarraba el tímpano con su falsete infernal, se encolerizó de tal modo que no pudo contenerse; la dió un bofetón tan vigoroso, que la religiosa cayó al suelo atacada de convulsiones; mas tambien cuando cesaron las convulsiones, quedó asombrada de cantar como un ruiseñor.

Desde entonces no quedó duda de que la gracia eficaz se habia comunicado á la monja por el contacto de la piadosa mano que la habia tocado, y cuando la madre Adelaida falleció, aquel bofetón tuvo gran parte en su canonizacion.

Volvimos á pasar á la orilla izquierda del Rhin donde nos esperaba el carruaje; en tres cuartos de hora

nos condujo al Kreuzberg. Lo que ofrece de mas notable este convento es un panteon que conserva admirablemente los cadáveres. Como habia visto la Morgue de San Bernardo y los subterráneos de los Capuchinos, en Palermo, esta tercera representacion me pareció menos curiosa que las otras dos, y despues de habernos detenido un momento en la azotea para admirar el paisaje que se extiende desde allí, de un lado hasta las Siete montañas, y del otro casi hasta Colonia, emprendimos otra vez el camino de la ciudad.

Habia dejado pasar la hora de tomar una friolera, pero el señor Simrock me dijo que aun podia cenar y despues de cenar tomar el té, lo cual era una compensacion de la comida que perdiera. Desgraciadamente habia comido tan bien, que estos ofrecimientos por mas incitadores que fuesen no podian tentarme. Por otra parte, desde que habia podido apreciar la cortesania del señor Simrock, me propuse hacerle otra demanda.

Era esta una cama donde un francés pudiese dormir.

Esto exige explicacion.

En general, nosotros los Franceses, y sea dicho para la instruccion de los pueblos extranjeros, dormimos en una cama: de ordinario, se compone esta cama de un catre de tres piés á tres piés y medio de ancho, y de cinco piés y ocho pulgadas á seis

piés de largo. Sobre este catre se pone un colchon de cerda, otro de pluma, uno ó dos colchones de lana, un par de sábanas blancas, una colcha, un travesero y una almohada; se remete la ropa; aquel para quien está destinado el lecho se desliza entre las sábanas, y aun cuando no haya tomado una gran cantidad de café negro ó té verde, y teniendo buena salud y una conciencia pura se duerme; en cuanto á la duracion del sueño, esto depende de la organizacion.

Ahora bien, en un lecho como este, todo hombre, sea alemán, español, belga, ruso, italiano, indio ó chino puede dormir; á menos que no tenga mala cama.

Pero en Alemania no sucede así con respecto á las camas.

Hé aquí de qué se compone un lecho alemán.

En primer lugar, de un catre de dos piés á dos piés y medio de ancho, y cinco ó cinco y medio de largo. Procusto ha viajado por Alemania, y ha dejado allí sus modelos.

En este catre se tiende una especie de saco lleno de virutas, destinado á reemplazar al colchon de cerda.

Sobre el saco de virutas se echa un enorme colchon de plumas.

Sobre el colchon de plumas se coloca una sábana mas corta y estrecha que el colchon de plumas: el

posadero llama á este pedazo de lienzo una sábana, pero el viajero no le reconoce ni aun como una servilleta.

Por último, sobre aquella sábana ó esta servilleta, como se quiera llamar al lienzo en cuestion, se tiende una colcha entretelada de pluma menos rehenchida que el colchon de la misma materia.

Dos ó tres almohadas apiladas en la cabecera, completan esta extraña andamiada.

Si es un francés el que se acuesta en esta cama, como el francés es un pueblo vivo y efervescente, esta es la reputacion que tenemos en Alemania, el dicho francés se mete en él sin precaucion, de modo que á los cinco minutos las almohadas se han caido de un lado, la colcha cuelga del otro, la sábana se arrolla y se hace invisible; tanto, que el susodicho francés se encuentra hundido en su colchon de pluma, sudando de un lado de su individuo mientras el otro está helado.

Tiene la eleccion.

Si es un aleman, como el aleman es un pueblo tranquilo y virtuoso, el dicho aleman comienza por quedarse con sus calzoncillos y sus medias; despues levanta con precaucion la colcha entretelada, se acuesta de espaldas, apoya los riñones en las tres almohadas y los piés en la extremidad del catre, de modo que forma una ; descansa sobre sus rótulas la colcha, cierra los ojos, seduerme y se des-

pierta al dia siguiente por la mañana sin haber cambiado de posicion.

Pero se comprende que para llegar á este resultado, es preciso tener la calma y la virtud de un aleman.

Yo no sé cuál de estas dos cualidades me faltaba, pero lo que sé es que no dormia, que adelgazaba visiblemente, y que tosia hasta romperme el pecho.

Hé aquí porqué pedí una cama á la francesa.

El señor Simrock tenia seis.

Estuve para darle un abrazo.

Me condujeron á mi habitacion. Mi huésped no me habia engañado, era una verdadera cama, con un verdadero colchon de cerda, verdaderos colchones de lana, verdaderas sábanas, colcha y travesero.

Iba, pues, á acostarme con el sentimiento de satisfaccion que se deja adivinar, cuando llamaron á mi puerta.

— ¿Quién está ahí? pregunté.

— Perdonad, caballero, soy yo, respondió el mozo.

— Y bien, ¿qué me quereis?

— Vengo de parte de un inglés que no ha podido veros, caballero, á preguntaros si quereis hacerle el honor de beber un vaso de vino del Rhin ó de Champagne con él.

— ¿Y quién es ese inglés?

— Un estudiante.

— Eso es otra cosa; entonces decid que bajo.

A pesar del deseo que tenia de dormir, no me disgustaba se presentase esta ocasion de hacer conocimiento con un estudiante. Seguí, pues, inmediatamente casi al criado; solo sí me metí la llave de mi habitacion en el bolsillo, por temor de que si la dejaba en la puerta se equivocase alguno de cama.

Al entrar en el comedor, miré á todos lados, y no ví mas que á dos bebedores, el mas jóven de los cuales me parecia tener de cuarenta y cinco á cincuenta años. El de mas edad de los dos bebedores se levantó.

— Perdonad, caballero, me dijo en muy buen francés, aunque con un acento de ultramar algo pronunciado: la persona á quien buscais soy yo. En seguida, volviéndose hácia su compañero:

— Milord, el señor Alejandro Dumas. — Señor Alejandro Dumas, milord S...

Yo me incliné.

— Perdonad, caballero, le dije á mi vez, pero me habian hablado de vos como de un estudiante...

— Y bien, caballero, os han dicho la verdad. Sentaos, pues. — Tomo asiento. — En todas las edades se estudia. — Me echa un vaso de Johan-

nisberg. — Yo, por ejemplo, he estudiado desde la edad de seis años hasta la de veinte, en las universidades de Oxford y de Cambridge; he estudiado desde veinte hasta treinta, los perros, los caballos, los hombres de Estado, las mujeres y el juego; á los treinta años comencé mis viajes; al pasar por Heidelberg ví á un profesor que me pareció muy fuerte en teología, y resolví estudiar la teología. Era ya bastante sabio en teología, cuando un dia, bajando por el Rhin, me detuve en Bonn, y ví al profesor Keisel, el primer filósofo de todas las universidades de Alemania: me pareció diferia en algunos puntos de creencia con mi teólogo y resolví ponerlos de acuerdo reasumiendo los dos sistemas en uno. Desde entonces subo y bajo el Rhin, desde Manheim hasta Bonn, comiendo tranquilamente mis dos mil libras esterlinas de renta, que no me bastarian en Londres, y que aquí me hacen rico. Habia resuelto recorrer el mundo; pero he sido mas feliz que Mahoma: no soy yo quien ha ido á la montaña, la montaña es la que ha venido á mí. El Rhin es á la Europa entera lo que el Paso del Peron es á Paris: todos los extranjeros que hay en él, le atraviesan. Yo estoy aquí como un cazador en espera: acecho la caza. Desde que los periódicos han anunciado vuestra llegada á Bruselas, me he dicho que pasaríais por aquí: habeis pasado. Ya veis, pues, que soy un verdadero estudiante;

por la mañana estudio la teología ó la filosofía; por la tarde estudio á los hombres, por la noche los vinos, y Dios mediante, estudiaré así el resto de mi vida. ¿Qué decís de este Johannisberg? Es del verdadero de 1831: el señor de Metternich no le tendría mejor para ofrecerle al emperador de Austria, si el emperador de Austria fuese á pedirle una comida en su castillo.

— Es excelente.

— Sin contar que tengo discípulos. Mirad, hé aquí á milord S..., por ejemplo (nos saludamos de nuevo milord S... y yo), bajaba por el Rhin, y no pensaba mas que en pasar á Bonn. Le habian escrito que su mujer estaba muy mala. Perdonad si milord S... no toma parte en la conversacion; no habla francés. Pasaba, pues; hice le suplicasen me honrase bebiendo un vaso de toast; consintió en ello: discutimos acerca de la superioridad del vino de Champagne sobre el del Rhin, y *vice-versa*. — Probad este Ai; es rosa espumoso de 1828, del mejor seco de Moët. — ¡ Y bien! todavía discutimos. Su mujer habia muerto en tanto, lo cual ha causado gran disgusto á milord; pero hemos encargado un sepulcro para la difunta en Maguncia. Vamos á verle de vez en cuando; esto le consuela. Dice milord que en cuanto el sepulcro esté concluido, le acompañará á Inglaterra; yo digo que le enviará sencillamente á Rotterdam, donde le embarcarán

para Londres, y que milord permanecerá aquí discutiendo conmigo acerca de las diferentes clases de vinos. ¿ No es así, milord?

Milord hizo una señal con la cabeza, alargó su tercer vaso, y su compatriota le llenó hasta el borde de un vino rojo espirituoso como el de Saint-Peray, y transparente como el rubí.

— Es de Ingelheim, me dijo el inglés, casi un compatriota vuestro. Probadle.

— No conozco ese nombre entre nuestros vinos de Francia, le respondí.

— Verdad es; porque Ingelheim es la antigua residencia de Carlo-Magno. Pues el anciano emperador, que estimaba lo que habia de bueno en Francia, habia apreciado un precioso vino de Orleans; hizo traer de allí cepas que él mismo plantó. Lo que probais ahora está sacado de las plantas descendientes de las que el mismo Carlo-Magno metió en la tierra. Este es el vino favorito de milord: con este es con el que sencillamente le detengo.

— Es preciso para eso que no fuese muy grande el amor á su mujer.

— Por el contrario, la adoraba. Vais á verlo, voy á hacerle llorar.

— Milord, dijo el estudiante dirigiéndose á su camarada:

— *What do you want* <sup>1</sup>? respondió este.

<sup>1</sup> ¿ Qué queréis?

— *Shall we not go presently and see how they are going on with the tomb of that dear lady* <sup>1</sup> ?

— ¡Heu! dijo el inglés, y dos gruesas lágrimas cayeron de sus ojos. Las enjugó con una mano, y con la otra alargó su vaso diciendo:

— *Another glass of this capital Ingelheim* <sup>2</sup> ?

— Me he equivocado en una botella, dijo el estudiante echando otro vaso de Ingelheim al pobre viudo. Una botella mas, y se hubiera deshecho en lágrimas; jamás falta.

— ¿Pero sabéis, dije á mi anfitrión, que milord no habla mejor los demás idiomas que el francés?

— Milord es meditabundo, y como el jóven Hauslet, habla con sus propias ideas, ¿no es así, milord? — *To be, or not to be.*

— *Another glass of this capital Ingelheim*, repitió milord.

— ¿Acaso cuando estais solos no tiene vuestro discípulo otra conversacion mas variada que ahora? pregunté. En ese caso, al paso que va, no podrá haceros pié largo tiempo.

— Desengañaos. Así estará entre tres y cuatro de la madrugada.

<sup>1</sup> ¿Iremos pronto á ver el sepulcro de aquella querida milady?

<sup>2</sup> Otro vaso de ese excelente Ingelheim.

Miré al reloj, iban á dar las doce.

— Siento no saber bastante inglés para felicitar á milord en su propio idioma.

— *Milord*, dijo el estudiante: *His gentleman pay you his dest compliments* <sup>1</sup>.

Milord se incorporó y me respondió con una frase inglesa.

— ¿Qué dice milord? pregunté á su camarada.

— Dice que si alguna vez vais á Inglaterra, está completamente á vuestras órdenes.

— ¡Oh! se lo agradezco mucho.

— Y yo, caballero, digo que si volveis á bajar ó subir por el Rhin, espero que me hareis el mismo honor que me habeis hecho hoy. Siempre me encontraré entre Manheim y Bonn.

— Estad seguro, os lo ruego, que no dejaré de hacerlo.

— Nos saludamos por última vez. Volví á subir á mi habitacion, y los dos ingleses continuaron bebiendo.

Al dia siguiente por la mañana me despertó el mozo á las cinco, y le dije fuese á traerme la cuenta mientras me vestia; salió y volvió un momento despues con lo que le habia pedido.

En vano buscaba en la cuenta el vaso de Johannisberg que habia bebido al llegar, y el precio del

<sup>1</sup> Milord, este caballero está á vuestra disposicion.

carruaje. En cuanto á lo demás, era tratado como todos: esto era de mucho gusto. Pregunté al mozo si, como le habia encargado, me habia procurado un medio de transporte cualquiera. Me respondió que el señor Simrock me esperaba con su carruaje; deseaba llevarme hasta Rungsdhorf, es decir, á las siete montañas.

— Bajé, y le pedí noticia de sus dos ingleses.

— Continúan allí, me dijo.

— ¡Cómo! ¡aun allí! ¿todavía bebiendo?

— ¡Oh! no, ahora duermen.

— ¡Cómo! ¿duermen?

— Duermen donde se encuentran. ¡Oh! ¡ellos no tienen necesidad de camas á la francesa!

— ¡Pardiez! tengo la curiosidad de verlo.

— Es muy fácil. Entrad.

Empujé la puerta suavemente, milord S.... se habia caído de su silla y estaba tendido en el suelo con su *copa* en la mano <sup>4</sup>; el *estudiante* estaba echado con la cabeza encima de la mesa, estrangulando con su mano derecha el cuello de una botella de vino de Champagne.

Conté los muertos, tanto de Johannisberg y de Champagne como de Ingelheim: habia catorce botellas vacías.

<sup>4</sup> Así se llaman los vasos de vino del Rhin porque han conservado la forma de la copa en que hacian beber á los emperadores romanos el día de su coronacion.

Respeté su sueño; pero no queriendo dejar á los dos ingleses en la idea de que un francés se quedaba tras de ellos en cortesanía, tomé dos tarjetas, y metí una en el vaso de milord, y otra en el cuello de la botella de su camarada.

Estaba hecha mi visita.

Subi al punto en el carruaje, y partimos.